

900
S.
D 16
.8
N6



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

3.546—Tipolit. L. Faure, Alonso Cano, 15. Madrid

EL SENTIDO DE LA HISTORIA

I

LA HISTORIA Y LA HISTORIOGRAFÍA

Es costumbre corriente, poco menos que generalizada, confundir la historia con la historiografía. En las investigaciones que siguen será evitada esta falta con toda severidad. La mayor parte de los historiadores, aun los que más grande consideración merecen, no se han sustraído al error de confundir el objeto de su exposición con la exposición misma cuando filosofaban sobre su especialidad. La presunción inconsiderada que manifiestan es sumamente peregrina: «La historia, proclama el historiador con una infatuada conciencia de su importancia, es aquella fracción del universal devenir que conserva la tradición y que describe la historiografía» (1). ¿Qué diferencia notáis entre este axioma y esa otra no menos jactanciosa declaración del burócrata penetrado de su grandeza, que se le antoja sin par: *quod non est in actis, non est in mundo* (lo que no consta en los expedientes, no existe en el mundo)?

(1) Fernando Erhardt. — *Ueber historisches Erkennen. — Probleme der Geschichtsforschung*. Bern. 1906, pág. 4. — Hasta un pensador tan luminoso como P. Lacombe (*De la Historia considerada como una Ciencia*. París, 1894, página 1), da de la Historia esta definición asaz restringida: «La Historia es todo lo que ha sido hecho *que nosotros sepamos* (nosotros lo hemos subrayado) por nuestros antepasados».

Los antiguos tenían en mayor grado el don de hacerse cargo; concedían que había habido héroes anteriores á Agamenón, si bien

«...illacrymabiles
urgentur ignotique longa
nocte, carent quia vate sacro».

permanecían enterrados, ignorados, en la noche eterna, sin un alma para llorarlos, sin haber encontrado el vate sagrado que los cantara. Y así es como Saadi nos dice también en el *Gulistan*: «multitud de héroes que realizaron grandes hechos yacen bajo tierra, de la gloria de los cuales nuestro globo no ha conservado ninguna huella».

Menos infatuado que sus sucesores de cuya jactancia no participaba, Federico Schiller (*¿Qué es la Historia universal y con qué objeto se la estudia?*) no llegaba hasta pretender que sólo es historia lo que el historiador narra. Se contentaba con escribir: «De entre la suma entera de los sucesos que constituyen la historia universal, el que quiere escribirla se limita á escoger aquéllos que han ejercido una influencia esencial y fácilmente penetrable sobre la forma presente del mundo y la condición de las generaciones que viven en la actualidad».

Esta limitación—Schiller la tomó de Kant (1)—parece plausible á primera vista. Pero ¡cuán arbitraria se revela ante un examen un poco profundizado!

El mismo Schiller reconoce que «una larga encadenación de sucesos se va desarrollando desde los tiempos presentes

(1) Manuel Kant, *Sämmtliche Werke, herausgegeben von G. Hartenstein*. Leipzig, 1857, tomo IV: «*Idee zu e'ner allgemeinen Geschichte in weltbürgerlicher Absicht*», pág. 157: «Ellos (nuestros descendientes lejanos) no apreciarán sin duda la (historia) de los tiempos más remotos, cuya documentación habrá completamente desaparecido para ellos desde mucho tiempo atrás, sino bajo el punto de vista que les interese, es decir, de aquello que pueblos y gobiernos hayan realizado ó impedido concerniente á la humanidad en general».

hasta las primeras edades de la humanidad, los cuales sucesos se rigen unos á otros, así como causas y efectos». Pero ¿quién habría bastante temerario para intentar una selección inevitablemente siempre arbitraria, entre las innumerables causas cuya repercusión se hará sentir en todas las evoluciones ulteriores hasta los tiempos más remotos?

Y, por otra parte, ¿por qué no escoger más que los sucesos que ejercerán una influencia «fácilmente penetrable» sobre la forma presente del mundo y la condición de las generaciones que viven actualmente? ¿Una influencia es, pues, menos importante porque no sea fácilmente, sino difícilmente penetrable?

Una observación superficial cree descubrir en cada uno de los sucesos humanos causas aparentes que casi nunca son las verdaderas (1). Las fuerzas que determinan los sucesos

(1) Con el fin de no interrumpir el hilo de mi exposición, citaré aquí algunos ejemplos concretos. Las narraciones populares del movimiento de independencia norte-americano colocan sus principios en el 16 de Diciembre de 1773, con el ataque en el puerto de Boston del barco que llevaba una carga de té, y ven en este movimiento la consecuencia de las leyes inglesas relativas al timbre y á las tarifas aduaneras. Necesita Eduardo Laboulaye (*Historia política de los Estados Unidos*, Paris, 1855) cerca de 200 páginas (tomo II, págs. 1-186) para mostrar que los comienzos del movimiento separatista en los Estados Unidos coinciden casi con los de la colonización inglesa. El mismo modo de ver se encuentra en Jorge Bancroft (*History of the United States*, Boston, 1852). Los tomos IV á VI tratan de «The American Revolution», cuyo principio fija en el año 1748. En cuanto al ataque de la carga de té, Bancroft no habla de él hasta la página 487 del sexto tomo. La más reciente historiadora de la Revolución norte-americana, Mary A. M. Marks (*England and America, 1763-1783. The history of a Reaction*, Londres, 1907) asigna á sus comienzos el año 1763 y busca su causa en las luchas intestinas de los partidos políticos ingleses y resume del modo siguiente su juicio sobre ella: «La historia de América es la historia de una reacción tory».

Wolfgang Menzel (*Die letzten 120 Jahre der Weltgeschichte*, Stuttgart 1860, tomo II, pág. 1) comienza de esta manera la narración de la Revolución francesa: «El suceso más grande del mundo moderno, la Revolución francesa, había comenzado el día en que... los Estados generales tan deseados, fueron abiertos por Luis XVI». Luis Blanc (*Historia de la Re-*

están las más de las veces profundamente ocultas; es preciso una perspicacia penetrante, rebuscas laboriosas para sacarlos á luz á ellas y á su encadenamiento. De atenerse á los sucesos cuya influencia sobre la forma actual del mundo «es fácilmente penetrable», se está bien cerca de la concepción histórica de Scribe en su *Vaso de agua*, y se pretende con Pascal (1), que la historia del mundo habría seguido otro curso si la forma de la nariz de Cleópatra hubiera sido diferente.

Sin duda, lo que excita principalmente, quizá exclusivamente, nuestro interés, es lo que puede ser «puesto en relación con la forma presente del mundo y la condición de las generaciones que actualmente viven».

Pero con semejante criterio, ¡cuán vaga y flotante aparece toda la concepción de la historia! Así, lo que era historia

volución francesa, París, 1847, tomo I, preámbulo) escribe, por lo contrario: «La historia no comienza ni acaba en ninguna parte. Los hechos de que se compone la marcha del mundo presentan tanta confusión y tienen entre sí afinidades tan obscuras que no hay suceso del cual pueda señalarse con certeza, ya sea la causa primera, ya sea la conclusión suprema... ¿Cómo, pues, fijar el verdadero punto de partida de esta Revolución francesa...?» Así, comienza este autor por Juan Huss y no llega sino hasta la página 258 del tomo II á la convocatoria de los Estados generales que es para Menzel el principio de la Revolución.

Máximo du Camp (*Recuerdos del año 1848*, París, 1876 págs. 65 y siguientes) da como punto de partida á la Revolución de Febrero el hecho que el sargento Giacomoni, del 14.^o regimiento de línea, ha fusilado sin orden para ello á un hombre, probablemente un modelo de pintor, que había intentado golpear en la cara á su jefe de batallón con una antorcha encendida.

Numerosos publicistas franceses consideran como indiscutible el hecho que la causa de la guerra de 1870 ha de buscarse en la «falsificación» que el conde de Bismarck había hecho del despacho del rey Guillermo relatando su última entrevista con el conde de Benedetti.

Se alega la explosión del *Maine* en el puerto de la Habana como siendo la causa de la guerra hispano-americana, etc., etc.

(1) Blaise Pascal (*Cartas provinciales y Pensamientos*. Nueva edición. París, 1821, tomo II, pág. 155): «Si la nariz de Cleópatra hubiese sido más corta, toda la faz de la tierra habría cambiado».

para la generación precedente, no lo es ya para nosotros, lo que es historia para nosotros, no lo será ya para la generación de mañana. Lo que era historia para los indios y los japoneses, no lo ha sido nunca para los europeos y los americanos, é inversamente. Luego pues, la historia varía según tiempos y lugares; aquéllos de sus capítulos que despiertan hoy universal interés, serán mañana rancias antiguallas, como las novelas que la moda del día difunde hoy por el mundo para barrerlas en la nueva aurora. La historia camina á través de las tinieblas del pasado como el hombre que lleva una linterna; un débil círculo de luz la rodea y va cambiando de sitio con ella. Lo que ayer iluminaba lo deja caer hoy en la obscuridad al continuar su marcha; lo que hoy ilumina quedará mañana envuelto en la noche cuando haya seguido su camino.

El capricho del historiador, ó digamos su personalidad, representa el papel determinante en la selección, la limitación y la composición de su tema. Y como éste, si hemos de creer la definición de los historiadores de oficio, es la historia misma, llegamos así á esta consecuencia tan lógica como peregrina que es, de hecho, el historiador quien hace la historia. ¡No ya los héroes ni los pueblos, el historiador! ¡Qué gran hombre nos resulta el consabido historiador! Los que trabajan en el telar ensordecedor del tiempo no tienen importancia; el principal papel, el papel esencial, es el del hombre que está detrás de ellos, que les contempla más ó menos atentamente y que, con motivo del trabajo de ellos, apunta notas más ó menos exactas. La historia deja, pues, de ser un proceso objetivo que se va desarrollando bajo el imperio de leyes, que haya ó no testigos que la comprendan, que sus trazos hayan ó no sido fijados en una narración y en una interpretación. Por lo mismo, la historia no es más que la producción de un espíritu determinado que, entre los materiales transmitidos, escoge los que son de su agrado según conviene á sus intereses particulares, sus idiosincrasias, sus tendencias y sus pasiones, agrupándolos con arreglo á su modo de comprender personal y narrándolos según sus capacidades artís-

ticas. En una palabra, la historia deja de tener existencia objetiva, deviene exclusivamente subjetiva.

¡Y en estas condiciones, nos dice Ranke que él «hubiera querido poder borrar su propio yo» para mostrar los hechos en su pura realidad! Á esto, Jorge Simmel (1) observa con razón: «Ranke expresa el deseo de poder borrar su yo para ver los hechos tales como han sido en sí mismos. Pero la realización de su deseo resultaría precisamente en contra del objeto que se propone; su yo borrado, no le quedaría nada para comprender el no yo». Añadiré, por mi parte: nada subsistiría entonces ya que experimentara hacia los hombres y sus actos ese interés que es lo único que nos impulsa á hacer revivir los sucesos históricos.

El yo del historiador domina toda narración histórica, el de Ranke como el de todos los demás; habla en ella, surge de ella, trata de imponerse al lector. Una vez más estamos en el caso de invocar el juicio seguro de los antiguos: ninguna duda subsistía para ellos sobre este punto que la historia no es una ciencia, sino un arte. No buscaban en ella la verdad, sino la belleza, y no la concedían otro valor sino un valor estético (2).

(1) J. Simmel. *Die probleme der Geschichtsphilosophie. Eine erkenntnisstheoretische Studie*. Leipzig, 1892, pág. 18.

(2) Aristóteles, *Poética*, cap. ix: «La poesía es más filosófica y más útil que la historia». Teodoro Mommsen (*Römische Geschichte*, Berlín, 1885; tomo V, pág. 5), concede que «la fantasía es madre de toda historia, como de toda poesía», y reconoce por ende el parentesco íntimo de estos dos géneros de actividad intelectual — confesión significativa viniendo de un historiador profesional que tanto se esforzaba por convencerse y convencer á los demás de que la historiografía es una ocupación científica. Esta confesión, por lo demás, se ha convertido en un lugar común en los historiadores que lo repiten con frecuencia. Así es como por ejemplo, bien recientemente A. F. Pollard (*Factors in modern history*, Londres, 1907; pág. 3), escribía: «No pido excusa por poner la fantasía en el primer término de las facultades indispensables á todos aquéllos que estudian y enseñan la historia. El vocablo fantasía implica á la vez el hecho y la invención. Significa el don de representar las cosas que uno no ha visto».

En sus comienzos con Herodoto, la historia no es más que un entretenimiento de narrador y no se diferencia de la epopeya sino en que se presenta en prosa (1); y hoy todavía á pesar de sus pretensiones al rango de ciencia, á pesar de sus esfuerzos leales y con frecuencia penosamente escrupulosos para no ser más que un atestado de verdad, es de la misma esencia que la novela.

El historiador no se diferencia del novelista más que en esto: la libertad de invención del primero está limitada por los hechos para los cuales existe una lección indiscutida y generalmente conocida, puesto que no podría arbitrariamente ponerse en oposición con aquello que la mayoría considera como establecido. Pero ninguna traba subsiste para su imaginación en todos los terrenos en que la existencia de documentos inatacables no constituye los rótulos de prohibición que su fantasía no podría franquear. No hay exageración cuando se dice que toda la historiografía no es más que novela de tesis (2), ingenua por excepción, perfectamente premeditada por regla general.

Hablar de una ciencia de la historia, es jugar de un modo abusivo con un vocablo del cual no se puede arbitrariamente

(1) E. Vacherot. *La Ciencia y la Conciencia*, París, 1870; pág. 94: «La historia, tal como de ella tratan los escritores de la antigüedad, es una obra de literatura y de moral, mucho más que una obra de ciencia». Página 96: Á las narraciones fabulosas sobre los orígenes de Roma de Tito Livio, «no ha faltado, para hacer de ellas un verdadero poema al modo de la *Iliada*, más que el genio, la lengua y los cantos de la Grecia primitiva». Pág. 100: Quinto Curcio «ha querido hacer de la historia de Alejandro Magno una especie de poema épico en prosa, florida y declamatoria». Página 103: La historia en la antigüedad «siempre más ó menos épica y dramática, es una fuente inagotable de placer y de emoción», y así sigue por el estilo.

Quintiliano, *De instit. orat.* II, 4; observa candorosamente: «*Graecis historicis plerumque poetico similis est licentia*. Y no sólo *graecis*.

(2) Para el desarrollo y la demostración más detallados de este pensamiento, véase mi libro, *Vistos desde fuera*, París, F. Alcan, 1903, págs. 18 y siguientes.

cambiar el valor. Considerada en su sentido más estricto, y el solo exacto, la ciencia no es otra cosa que el conocimiento de las relaciones de causa á efecto que enlazan á los fenómenos entre sí, y de las leyes generales de la naturaleza de las cuales aquéllos son la expresión.

Sin duda, en un sentido más amplio, se habla también de ciencias descriptivas que á defecto de conocer el lazo intelectual entre los fenómenos sensoriales, se reducen á determinar estos fenómenos con toda la precisión posible, quizá también con el fin de penetrarlos y resumirlos más fácilmente, á agruparlos con arreglo á sus analogías aparentes. Sin embargo, autores, como por ejemplo Heriberto Spencer, han criticado como inadmisibles la aplicación del nombre de ciencia á este modo de registro y de clasificación de simples hechos de empirismo.

Ahora bien, la historia no es una ciencia exacta; en vano la filosofía de la historia trata de determinar el nexo causal de los sucesos y de establecer las leyes que rigen la marcha de los hechos históricos; en vano llega á veces hasta emitir la pretensión de hacer creer que así lo ha conseguido. Las teorías de sus elucubraciones, las afirmaciones dogmáticas que asienta sin la más pequeña prueba, no resisten ante la crítica.

La historia no es tampoco una ciencia descriptiva. Su dominio, con efecto, es el de los sucesos del pasado que permanecen eternamente sustraídos á la observación inmediata, á la verificación y á la experimentación. Por medio de las huellas que estos sucesos han dejado, de los documentos y de los testimonios humanos de toda índole, es como el historiador los habrá de reconstituir mediante el don subjetivo de la adivinación, de la interpretación, de la deducción, de la reconstrucción (1).

(1) W. v. Humboldt. *Ueber die Aufgabe des Geschichtschreibers. Abhandl. der Kgl. Akad. der Wissenschaften zu Berlin aus den Jahren 1820-21*, Berlín, 1822, pág. 305: «Por esto los hechos de la historia... no son más que los resultados de la tradición y de la investigación que se ha convenido aceptar como verdaderos».

Menciono como una objeción secundaria que no toca al fondo del asunto, el que las narraciones de la historia son inexactas; jamás consigue penetrar el sentido de los sucesos ni fijarlos tales como verdaderamente han pasado. Inútil recordar de nuevo las anécdotas, tantas veces traídas y llevadas, que demuestran la imposibilidad de deducir de narraciones de testigos oculares diferentes una imagen cierta é inatacable de un incidente cualquiera que sea. Sin duda, el progreso nos permite imaginar para un porvenir más ó menos próximo métodos más perfeccionados de observación y de registro; el empleo más frecuente y más fructuoso del fonógrafo y de la fotografía instantánea permitirán acaso penetrar el lado de los sucesos accesible á nuestros sentidos con una precisión y una objetividad que no dejarán lugar á ninguna contradicción.

Pero aun entonces, no se habrá ganado gran cosa. La parte de la historia que se traduce en hechos sensoriales es la más reducida y la menos esencial; la parte mayor y más importante es la que se realiza en el alma de los hombres y permanece enteramente sustraída á nuestra observación inmediata.

Maurenbrecher asigna como tarea al historiador estudiar la vida psíquica de las personalidades actoras, desentrañar los móviles de sus actos y sus intenciones. Evidentemente, puede acometer esta empresa; pero ¿qué garantía tenemos de que sus esfuerzos lleguen á dar realmente un resultado exacto? Escudriñar el corazón y los riñones del hombre, dice la Biblia, es privilegio de Dios; «conócete á ti mismo», nos advierten los antiguos y con eso indican cuán difícil, sino imposible, es semejante empeño.

Hasta para nuestra propia introspección, el misterio de nuestra personalidad permanece velado en muchos sitios; con mayor razón es impenetrable para el observador extraño. ¿Qué hay más complejo que la vida mental de los seres humanos llegados á un grado elevado de diferenciación? Y luego, si tiene la menor sospecha de ese hecho, ¿cuál es el

investigador que se atrevería á pretender descubrir las vías abstrusas que siguieron los pensamientos de los hombres, á poner al desnudo las raíces profundas de sus actos cuyas ramillas se entrelazan á través del obscuro subsuelo de su carácter, su temperamento, su subconciencia, el aluvión de toda la experiencia de su vida, de sus inclinaciones y de sus aversiones?

El historiador ha de hacer una psicología concreta. Pero ésta no es todavía hoy una ciencia; es solamente conjetura é intuición, es decir, trabajo de creación poética cuyo resultado puede ser plausible y convincente como los estudios de caracteres en la novela ó el drama, pero no ofrece ninguna garantía de ser conforme á la realidad.

El hecho es que todo historiador de algún talento se hace para su uso una concepción personal de todas las grandes figuras del pasado y del presente; pero raramente sus concepciones están acordes con las de sus colegas. Wallenstein está lejos de ser el único personaje del cual «la figura oscila en la historia» (Schiller), y esto en límites muy extensos.

Las exposiciones y juicios de los historiadores no suelen ser análogos más que en el caso de personajes míticos ó semimíticos ó acerca de los cuales no existe más que la referencia de una sola autoridad. Pero en cuanto las fuentes fluyen con mayor abundancia la confusión comienza; el más penetrante espíritu crítico se muestra impotente para encontrar la verdadera fisonomía del personaje que se trata de describir bajo el farrago de inexactitudes, contradicciones y adiciones subjetivas de los testigos que declaran (1).

Todo hombre que ha salido poco ó mucho de la obscuridad y ha ocupado, aunque solo sea pasajera, la aten-

(1) K. Lamprecht. *Alte und neue Richtungen in der Geschichtswissenschaft*, Berlín, 1896, pág. 18: «La historia de personalidades es siempre muy novelesca, ya que los móviles íntimos se sustraen á nuestro conocimiento». Confesión digna de notarse y que hay que señalar viniendo de un historiador de profesión.

ción de los contemporáneos, se lleva las manos á la cabeza al leer los juicios que inspiraron su aspecto, su carácter y sus actos, y las impresiones personales que ha producido sobre diversos espíritus. Cuanto más grande es el papel que ha representado el personaje juzgado, tanto mayor es el número de observadores que entraron en contacto con él ó de los entrometidos que se creen con derecho á emitir una opinión sobre él, y tanto más os quedaréis atónitos ante los retorcimientos de su retrato. La incapacidad de la mayor parte de los hombres para observar y comprender exactamente á uno de sus semejantes, solo tiene igual en el arrogante aplomo con el cual profieren sus juicios incomprensivos, superficiales, con harta frecuencia odiosamente injustos y necios.

Cada vez que un historiador se arriesga á abordar los tiempos contemporáneos ó un pasado apenas desaparecido, se elevan en seguida contra él protestas apasionadas que no son ciertamente todas inspiradas por el espíritu de partido, y una avalancha de rectificaciones cae sobre él, todas las cuales no tienen tampoco por objeto obscurecer ó arrojar sombras sobre una verdad que pudiera redundar en menoscabo de determinados amores propios y determinados intereses. Basta recordar las respuestas violentas que han suscitado las historias de Alemania de Treitschke y de Sybel, la historia del reinado de la reina Victoria de Justino Mac Carthy, la historia de la guerra de Crimea de Kinglake, la historia de la Revolución y del Imperio de Thiers, la historia de la monarquía de Julio de L. Blanc y la historia de la tercera República de Mr. Gabriel Hanotaux (1).

(1) Hecha abstracción de artículos de polémicas insertos en periódicos y revistas, citaremos entre otros: contra el retrato moral de Napoleón por Thiers, Barni: *Napoleón I y su historia* por M. Thiers, París, 1869, Lanfrey y Taine; contra el modo cómo Sybel expone los efectos que Sadowa ha producido sobre el gobierno francés: Emilio Ollivier *El Imperio liberal*, t. VIII. «El año fatal», París 1906. A título de ejemplo no citaremos aquí más que el hecho que Tito Livio se abstuvo por patriotismo de mencionar la conquis-

Y el lado más desconsolador de estas disputas á veces de todo punto bufonescas es que raramente contribuyen á aclarar las cuestiones. El resultado más claro es lo más frecuentemente oponer una afirmación á otra afirmación, una apreciación á otra apreciación.

Es verdad, sin duda, que ni Grote, ni Mommsen, ni Maspero han desencadenado semejantes tempestades de protestas. Á lo sumo, de vez en cuando, surge como en broma una inscripción inesperada que hace desmoronarse páginas y aún capítulos enteros de sus narraciones como un castillo de naipes. Alcibiades y Temístocles, Mario y Sila, Ramsès y Psammetik no dicen evidentemente esta boca es mía, digan de ellos lo que digan. Tienen para ello excelentes razones, pero si pudieran darnos á conocer su opinión, de seguro que tendrían tantas dificultades como los personajes en vida para reconocerse en los retratos que han trazado de ellos los historiadores.

La verdad objetiva permanece tan inaccesible á la historiografía como «la cosa en sí» de Kant al entendimiento humano. En lo que respecta á los sucesos tiene que servirse de dos órdenes de materiales: de documentos oficiales que la crítica más prudente y más sagaz no está siempre en disposición de despojar de la tendencia á velar los hechos que resultan de difícil acomodamiento; de narraciones de testigos, de pruebas deducidas de los indicios diversos en los cuales la falta de garantía es la sola cosa cierta.

En lo concerniente á los personajes, tiene que hacer psicología conjetural que en el caso mejor, es únicamente adivinación y suposición afortunadas. La tentativa para discer-

ta de Roma por Porsenna que sin embargo, conocía perfectamente, y que Grote (*Geschichte Griechenlands*, t. II, págs. 216-7) cuenta que los viejos historiadores ingleses, desde Hardyng y Monmouth hasta Hollinshed y Miltón, pretendían que los reyes ingleses eran descendientes de Bruto el Troyano y de Julio César, y cuando sabios posteriores han suprimido esta fantástica genealogía, se han visto recriminar esa rectificación como una falta de patriotismo, por no decir como un crimen.

nir las conexiones causales de los acontecimientos y las leyes de su decurso se deduce por tanteos, por interpretaciones con frecuencia evidentemente arbitrarias y que algunas veces son puros desatinos. La historiografía no desentraña nunca la realidad de los hechos; no es una ciencia, es una literatura de ficción, buena, mediana ó mala, un conjunto de suposiciones sobre lo que haya podido ser el pasado, y á las veces también una tentativa para mostrar lo que hubiera debido ser ó para producir una ilusión sobre lo que fué; es la manera de ver personal de hombres frágiles, sujetos á error, reducidos á servirse de una documentación insuficiente, que consciente ó inconscientemente, siguen determinadas tendencias impelidos por sus pasiones, prejuicios, simpatías ó antipatías, y que son frecuentemente leales, pero también algunas veces ni siquiera lo son.

Carlyle (1), aunque historiador, no teme expresarse acerca de la historia con el mayor desprecio: «¡Ah, qué montón de cenizas—dice—despojos y osamentas calcinadas desentierra la pedantería laboriosa en sus pesquisas sobre el pasado, para llamarlos historia y filosofía de la historia!.... Todos los Titanes parecen haber grabado esta inscripción sobre vuestra biblioteca histórica: aquí encontraréis un estéril depósito de escombros». Sería tan superficial, tan incomprensible, identificar la historia con la historiografía, como identificar los procesos de la naturaleza con las ilusiones de los sentidos humanos.

La historia es cosa muy distinta: algo fuera y por encima de la historiografía, que ha existido antes que ésta, la ha suscitado, y que ésta trata de seguir torpe y penosamente. En el sentido más amplio de la palabra, la historia es el conjunto de los episodios de la lucha humana por la existencia. Esta definición no necesita realmente en el fondo más amplias explicaciones; indica que la historia es la sucesión de actos, pruebas, representaciones, intenciones y realizaciones, peque-

(1) Carlyle. *Past and Present*, Londres, Ward, Lock y Compañía, sin fecha, pág. 36.

ños y grandes, por los cuales el hombre se esfuerza en adaptarse á las condiciones naturales y artificiales en medio de las cuales ha nacido y tiene que vivir, y con ayuda de los cuales trata de satisfacer sus necesidades y sus anhelos. Entre la triste vida de la criatura humana más oscura y lastimosa y el drama de gran espectáculo de la existencia de un conquistador del mundo, no existe diferencia de especie; en una y en otra se manifiestan las mismas fuerzas psico-físicas, una y otra son determinadas por las mismas leyes naturales. El hecho de que la suerte del uno no interese á nadie en el mundo fuera de sí propio, de que pueda aparecer y desaparecer sin que nadie lo advierta, mientras que los pensamientos y las acciones del otro hacen imperiosamente irrupción en las condiciones de millares y millones de sus semejantes, estableciéndolas y modificándolas arbitrariamente, este hecho, decimos, implica una diferencia cuantitativa, de ningún modo cualitativa. Los hombres poseen el sentimiento instintivo de la identidad de especie de las individualidades y de todos los destinos humanos, lo mismo si se trata de aquéllos que el historiador hace entrar en el marco de su trabajo, que de aquellos otros que para él no presentan ninguna importancia, que incluso son sencillamente un producto de la imaginación. Siempre que una creación literaria consigue que una figura real ó imaginaria, grande ó pequeña, llegue á sernos lo suficientemente familiar, transformándonos en testigos informados con exactitud de su vida y en confidentes de sus sentimientos é ideas, de sus sufrimientos y alegrías, esta figura adquiere en nuestro espíritu y en nuestro recuerdo una importancia igual á la de un héroe histórico. Alejandro Magno puede que no sea ni más conocido ni más admirado que Robinsón Crusóe; más de un caudillo ó de un ministro podría envidiar la gloria póstuma del escolar errante Tomás Platter ó del caballero Hans von Schweinichen (1)

(1) Uno y otro han dejado autobiografías que se cuentan entre los más curiosos documentos humanos del siglo xvi.

Samuel Johnson es inmortal, no por sus obras que no producen ya gran deleite á la generación actual, sino por los fieles relatos de Boswell que hacen accesible á nuestras miradas lo más recóndito de su sér y de su vida cotidiana; y Julia, Ofelia, Jane Eyre, Virginia, Manon Lescaut están más cerca del espíritu y del corazón de la posteridad que Cleópatra, Agripina ó la reina Ana. Siempre que un Guillermo Meister ó un Enrique el adolescente (1) han ocupado la visión de un Goethe ó de un Gottfried Keller, han sido tomados del medio de la abigarrada muchedumbre confusamente agitada de la especie y narrados los hechos de su vida con intensidad, ha quedado una figura tan inolvidable como cualquiera otra introducida por el historiador en su narración.

Todo lo que ha sido flota como una sombra en la memoria de los hombres, y verdad y ficción se confunden por encima de límites imperceptibles. La acción coercitiva que aun los más poderosos ejercen sobre sus contemporáneos y sobre la posteridad les sobrevive rara vez durante siglos, nunca durante millares de años, y para las épocas ulteriores sólo tienen el valor de una de las innumerables causas remotas ó próximas de lo que existe, una causa que no tiene ya por sí misma como fuente de energía ninguna importancia actual. Y dicho se está que en cuanto hombres que han vivido real é intensamente y han dado impulso á formaciones históricas pierden la influencia directa que han ejercido sobre las condiciones humanas, se borra la diferencia entre ellos y los individuos del tipo medio cuya actividad vital no ha traspasado nunca límites estrechos, y aún entre los primeros y las figuras engendradas por la imaginación poética; resulta, pues, que los primeros no tienen para nosotros mayor importancia que estas últimas, y aún que tienen menos, si no se ha logrado presentárnoslos tan humanamente semejantes y atractivos como

(1) Héroe de una novela muy apreciada en Alemania, del gran cuentista suizo Gottfried Keller.

aquéllas, valiéndose para ello de procedimientos artísticos que no tienen nada de común con la historia (1).

He definido la Historia como el conjunto de los episodios de la lucha humana por la existencia. Esta definición implica que no es solamente el hombre como luchador el que debe constituir el objeto de la historia, sino también el enemigo á quien se ve obligado á combatir sin tregua; por consiguiente objeto de la historia es, no sólo el concurrente humano que lucha por las condiciones de existencia, sino también la naturaleza misma. El juego de las fuerzas cósmicas, lo mismo en sus manifestaciones regulares y cotidianas que en sus acciones espasmódicamente excepcionales, pertenece á la historia con el mismo título que todos los movimientos con ayuda de los cuales el hombre trata de orientarse en el mundo y en la vida y de asegurar su existencia en contra de todas las influencias hostiles. Una escuela de historiografía moderna se niega á reconocer en la historia otra cosa que no sea la acción de fuerzas intelectuales y morales, no quiere concebirla más que como un conflicto, un triunfo, una sumisión ó una adaptación recíproca de voluntades humanas, y omite por insignificante ó á lo sumo, desliza una rápida ojeada considerándolos como anécdotas accesorias, sobre los sucesos que no se realizan primero en la conciencia y en los sentimientos de los hombres antes de exteriorizarse en actos. Se inclina á considerar con desdén á los antiguos cronistas (2) que consignan ingenuamente las malas cosechas, los temblores de tierra, las inundaciones, el granizo, los inviernos excepcionalmente fríos, los veranos extraordinariamente calu-

(1) P. Lacombe. *La historia considerada como ciencia*. Paris, 1894, introducción, pág. cxii. «El historiador-artista se propone emocionar, ante todo, aunque por medio de lo real... Lo que censuro en esos trozos de arte, es que se entremezclan con narraciones y consideraciones que tienen carácter científico ó pretenden tenerlo».

(2) Todos los historiadores del Renacimiento llaman modestamente á su historia «crónicas»: tales como, por no nombrar más que á los del siglo xvi, Cario, Cluverius, Genebrard, Kupferschmied, Macker y Neander.

rosos y la aparición de cometas, al lado y sobre el mismo plano que las guerras, las coronaciones de reyes, las muertes de los príncipes, sin atribuir á los diversos acontecimientos más ó menos valor según hayan resultado por la voluntad de los hombres ó que hayan sido hechos producidos por el ciego azar sobre los cuales el hombre no tiene ninguna influencia. Semejante petulancia no tiene justificación. La modestia de los ingenuos cronistas de antaño respondía quizá mejor á la tarea del historiador que el aplomo con que los representantes modernos de esta rama deciden soberanamente sobre aquello que en el vaivén eterno del devenir cósmico, terrestre y humano, es importante ó no lo es. Procesos puramente naturales realizados completamente fuera de la voluntad humana, han ejercido sobre los destinos, no sólo de hombres individuales, sino de grupos, de pueblos, de la humanidad entera, mayor influencia que todo aquello que la historiografía considera como esencial é importante, que las formaciones de Estados y religiones, que el nacimiento y desarrollo de las instituciones sociales, que las ideas de derecho, las formas de propiedad, las constituciones y las concepciones del mundo. Cuando á un largo período de calor sucede un período glacial que dura varios millares de años, las condiciones humanas sufren una transformación más profunda que la que pudiera producir una acción cualesquiera realizada ya sea por un hombre, ya sea por un pueblo. Incluso desórdenes puramente locales pueden producir causas cuya acción, al prolongarse en el tiempo y en el espacio, imprime á los destinos humanos una nueva orientación. Esos desórdenes adquieren entonces una importancia igual por lo menos á todo aquello que los hombres son capaces de producir con sus propias fuerzas y su voluntad. Si la desaparición de la Atlántida no es una leyenda, sino una realidad, ¿no ha debido tener este acontecimiento para la humanidad mayor importancia que la fundación de cualquier Imperio, á la cual los historiadores consagran volúmenes y aún bibliotecas enteras? Y la separación que según los testimonios de la Geología, se ha operado

entre Inglaterra y el Continente, ¿no ha tenido mayores consecuencias políticas que decenas de millares de años no han podido destruir, que la invasión de los normandos mandados por Guillermo el Conquistador? El gran diluvio de que hablan las leyendas de la mayoría de los pueblos, los temblores de tierra que destruyeron á Lisboa en 1755 y á San Francisco en 1906, los incendios que redujeron á Londres á cenizas en 1666 y á Chicago en 1874, todos estos acontecimientos han influido sobre el destino de mayor número de hombres que muchos asedios, batallas y guerras que ocupan lugar preferente en las narraciones del pasado. Nada justifica en la marcha de la historia la oposición entre el pensamiento humano y la fuerza natural, entre la voluntad humana y el azar; se obra arbitrariamente al separar esos dos órdenes de factores y se emplea un artificio al diferenciarlos uno de otro. La tentativa de someter á una selección las fuerzas que han determinado y continúan determinando los destinos terrenales del hombre, de ensalzar las unas como esenciales y de desdeñar las otras como indiferentes, esta tentativa, decimos, no constituye ya la historiografía, sino la filosofía de la historia, pues aquélla en efecto, se esfuerza por seguir los pasos de la historia contándola, y ésta, por lo contrario, pretende penetrar las relaciones causales y comprender el sentido de los acontecimientos históricos. La filosofía dualista de la historia cae fatalmente en la inconsecuencia al no convenir en que son las mismas fuerzas, las mismas leyes naturales, las que por un lado hacen desaparecer en el mar ó surgir en el Océano islas y continentes enteros, y por otro lado, destinan á ciertos individuos al papel de conquistadores y de legisladores que cambian y refunden pueblos enteros, al no investigar en la historia más que los factores intelectuales y morales (1),

(1) Jorge Simmel. *Die Probleme der Geschichtsphilosophie*. Leipzig. 1892, pág. 1. «Si la historia no quiere ser un juego de polichinelas, debe de ser la historia de los procesos psíquicos». Pero está seguro el Sr. Simmel de que no seamos nosotros los polichinelas de las fuerzas que manifiestan su

y al hacer abstracción del azar desprovisto de sentido que es la obra de la materia inanimada. ¿Quién nos dirá lo que hubiera pasado si la Invencible Armada hubiese conquistado á Inglaterra? En todo caso, es incuestionable que Europa tendría un aspecto muy diferente del que tiene hoy. Si la historia europea ha tomado la orientación que conocemos, probablemente se debe á la tormenta que destruyó la Invencible Armada, es decir, al azar ciego, ó en todo caso á una fuerza natural, á la cual es imposible atribuirle carácter alguno intelectual y moral. ¿Cuál hubiera sido la evolución ulterior de la historia, si Grouchy hubiera marchado sobre Waterlloo, y si la batalla que estaba indecisa hasta la noche se hubiera decidido á favor de Napoleón? ¿Este resultado habría sido determinado por un azar ciego ó por un acto volitivo de Grouchy? Quién no trata con una opinión preconcebida y sin justificación racional posible de obscurecer ó suprimir totalmente una parte de los hechos, no podrá nunca separar en el decurso de los acontecimientos históricos lo que es debido á la influencia de los fenómenos naturales y lo que resulta de la voluntad de los hombres. Y es bueno recordar á aquéllos que censuran al cronista ingenuo que recoge sin elegir, al modo de un barbero de pueblo, las noticias del día sin significado para los que están lejos en el tiempo y en el espacio, que el historiador pretencioso que da como ciencia sus investigaciones y su crítica, cuidando de su estilo como un artista, introduce en los acontecimientos, al escogerlos, una tendencia y una filosofía que no se encuentran en los mismos acontecimientos, sino en el propio historiador.

El historiador que entre todas las fuerzas activas que se manifiestan en la historia no reconoce como esencial más que la voluntad humana, está sujeto á la objeción que se opuso á la teoría de la novela naturalista tal como ha sido formu-

actividad en la historia? El Sr. Simmel admite así como probado lo que se trata de demostrar, á saber, que el hombre es quien hace la historia, y no la naturaleza quien la hace por medio del hombre.

lada por Zola. Éste ha tenido la pretensión de encerrar en su narración la realidad entera, y le han demostrado que sólo ha tomado de la realidad algunos rasgos, encadenándolos é interpretándolos arbitrariamente según sus disposiciones y sus tendencias subjetivas y en vista de un fin concebido de modo igualmente subjetivo. Lo propio ocurre con la historiografía que, aun cuando cree alcanzar el más alto grado de objetividad, es únicamente lo mismo que la novela naturalista «la historia vista á través de un temperamento» (1), con la circunstancia agravante de que la deformación y la confusión que el temperamento del autor imprime á las líneas del dibujo son más funestas tratándose del cuadro extremadamente complejo y del hormiguero de personajes de la historia que tratándose del aspecto relativamente sencillo de una vida individual que constituye el objeto de observación del novelista.

La historiografía no es una ciencia descriptiva, pues no posee ningún medio que le permita observar directamente y comprobar objetivamente los fenómenos que ha de describir; aún es menos una ciencia racional, lo cual está probado del modo más concluyente, puesto que de hecho le es absolutamente imposible prever cualquier acontecimiento, aun cuando sólo fuera con certeza aproximada. Ahora bien, lo que caracteriza á una verdadera ciencia es la facultad de precisar de antemano lo que debe producirse en determinadas condiciones,

(1) Esto estaba escrito hacia ya mucho tiempo, cuando el profesor Gabriel Monod expresó la misma idea y casi en los mismos términos en una alocución que dirigió á sus discípulos el 26 de Mayo de 1907, con ocasión de la celebración del 40 aniversario de su enseñanza de la historia en la Escuela de Altos Estudios de París. «Zola, dijo, ha definido el arte: la naturaleza vista á través de un temperamento... También vemos la realidad histórica á través de nuestro temperamento. La estudiamos como sabios; pero si queremos darle vida, tenemos, para comprenderla y exponerla, que hacer un esfuerzo de creación personal, uniendo el arte á la ciencia. La realidad histórica nos es desconocida en la verdad absoluta y precisa de su infinita complejidad., es casi una visión de ensueño». La coincidencia es bastante notable y convenia hacerlo constar.

lo cual puede hacer porque ha conseguido adquirir el conocimiento de las leyes cuyos fenómenos constituyen su expresión y porque esas leyes obran de modo invariable, mañana lo mismo que hoy y que ayer (1). Froude (2) estima que la historiografía no puede predecir el porvenir porque la historia es obra de la voluntad humana, la cual es libre. Pero ese pretendido libre arbitrio es un dogma que no se puede demostrar. El pensamiento rigurosamente causal que rechaza toda divagación metafísica, tiene que llegar á la conclusión de que la voluntad, que es una fuerza puesto que determina el movimiento, está sometida como todas las demás fuerzas, á la ley de la causalidad, y que el libre arbitrio no es sino una ilusión de la conciencia á la cual se sustraen las relaciones ordenadas entre las causas excitantes de la voluntad y las impulsiones volitivas. Todo acto voluntario constituye la única respuesta posible de un organismo dado á una excitación dada en circunstancias también dadas. Si uno de los elementos de este sistema sufre alguna modificación, es decir, si el organismo se encuentra en disposiciones distintas ó si la naturaleza ó la intensidad de la excitación han cambiado, entonces y sólo entonces la respuesta de la voluntad cambia á su vez.

(1) Hume (sec. 2, part. 2) exige que toda ciencia sea escatológica. Saint Simón dice del propio modo que la tarea de toda ciencia consiste en «ver para prever». Condorcet siente tan vivamente esta verdad que en el último libro de su *Esquema de un cuadro histórico del progreso del espíritu humano*, se aventura valientemente á predecir la historia futura, apoyándose sobre las siguientes consideraciones: «Desde el momento en que el hombre puede predecir con una certeza casi perfecta los fenómenos naturales de los cuales conoce las leyes..., ¿por qué ha de ser quimérico exponer á la luz de los resultados de la historia, los destinos probables del género humano?» P. J. L. Buchez (*Introducción á la Ciencia de la Historia*, 2.^a edición, París, 1842, libro I, cap. 2) afirma á su vez, siguiendo á Condorcet, que la historia puede predecir y prever, que por consiguiente, es una ciencia. Es sensible que la modestia del autor le haya impedido predecir y prever, aun cuando no hubiera sido más que un solo acontecimiento.

(2) James Anthony Froude. *Short studies on great subjects*, Londres, 1867, tomo I, pág. 11.